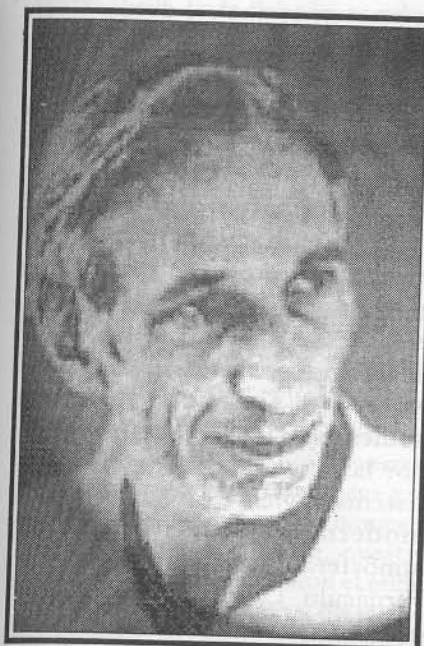




IVÁN ILLICH.

La suciedad de las ciudades

El 5 de diciembre del año 2002, falleció uno de los más grandes pensadores del siglo XX, Iván Illich, intelectual comprometido, en el más profundo sentido de la palabra.

Su obra, plena de enseñanzas para aquellos que buscan construir un mundo alternativo, constituye un referente indispensable.

A reserva de dedicar el próximo número de nuestra revista a reflexionar sobre sus lecciones, en este número presentamos un fragmento de uno de sus textos, *El H2O y las aguas del olvido* (Joaquín Mortiz, 1993), el cual ilumina nuestra mirada en torno al tema de esta revista: la basura y la suciedad.

Cuando Aristóteles diseñó sus reglas para el asentamiento de una ciudad quería que las calles estuviesen abiertas al sol y a los vientos dominantes. Las quejas de que las ciudades se pueden convertir en lugares sucios se remontan a la antigüedad. En Roma, magistrados especiales se sentaban bajo sus sombrillas en una esquina del foro para resolver las quejas de los peatones ensuciados por el contenido de bacinillas arrojadas a la calle.

A través de la antigüedad clásica, comenzando por el Palacio de Knossos (1500 a. de C.), las moradas de los ricos ocasionalmente tenían un cuarto especial para el desahogo corporal. En Roma tenían un esclavo especialmente dedicado a vaciar los orinales. En la mayor parte de las casas no había un lugar destinado para el desahogo corporal. En Roma tenían un esclavo especialmente dedicado a vaciar los orinales. En la mayor parte de las casas no había un lugar destinado para el desahogo corporal. Como las cloacas bajo el ágora ateniense, las cloacas bajo el foro imperial y los asientos de

paga en las letrinas de mármol estaban restringidos a las áreas de la ciudad cubiertas con mármol. En las viviendas populares de los pisos los reglamentos romanos exigían un hoyo al pie de la escalera. En otros casos, se consideraba la calle como el lugar apropiado para tales desechos. Las ciudades medievales eran limpiadas por los puercos. Nos han llegado docenas de ordenanzas que regulan el derecho de los vecinos a poseerlos y alimentarlos con desechos públicos. En España y en las áreas islámicas los cuervos, los milanos y aun los buitres eran protegidos como basureros sagrados. Esas costumbres no cambiaron significativamente durante el periodo barroco. Sólo durante los últimos años del reinado de Luis XIV se emitió una ordenanza que obligaba a que una limpieza de las materias fecales de los corredores del Palacio de Versalles fuera una costumbre semanal. Bajo las ventanas del ala del ministerio de finanzas los cerdos se sacrificaron durante décadas y su sangre

coagulada formaba una costra en los muros del palacio. Las curtidurías trabajaban dentro de la ciudad, aunque su olor en el Valle de Ghinnom se había convertido en el símbolo del infierno (gehenna) en el Viejo Jerusalén. Una inspección realizada en Madrid en 1771 mostró que el Palacio Real no contenía ni un solo excusado. Estas milenarias condiciones urbanas prevalecían en Londres cuando Harvey anunció su descubrimiento de la circulación de la sangre.

Sólo después del gran incendio en Londres en 1660 y después de la muerte de Harvey se dispusieron en las esquinas de Londres lugares para arrojar los desperdicios y se nombró un basurero honorario en cada barrio, que supervisara a los rastrilladores —hombres y mujeres dispuestos a pagar por el privilegio de barrer las calles y obtener una ganancia de la venta de los desechos. En 1817 las facultades de estos basureros y rastrilladores fueron reglamentadas en la Ley Metropolitana de Pavimentación

de Londres que persistió como estatuto hasta 1885. Para entonces las casas de la gente bien de Londres solían tener un excusado cuyo contenido era recogido varias veces a la semana. Pero para la mayor parte de Londres la eliminación de los desechos de las calles siguió siendo esporádica. En las postrimerías del siglo XIX se consideró que interfería con las horas de mayor afluencia de tráfico.

Hasta 1891 el Consejo del condado de Londres no prescribió que la limpieza de los excusados tenía que restringirse en el verano a las horas comprendidas entre las cuatro y las diez de la mañana. Obviamente, a través de la historia, las ciudades han sido lugares olorosos.

EL AURA DE LAS CIUDADES

No obstante, la percepción de la ciudad como un lugar que debe ser constantemente lavado aparece en la época de la Ilustración. La razón más frecuentemente esgrimida para esa toilette constante, no es la parte visualmente ofensiva de los desechos, o los residuos que hacen a la gente resbalar en la calle, sino los malos olores y sus peligros. La ciudad es repentinamente percibida como un espacio de olor maligno. Por primera vez en la historia aparece la utopía de la ciudad inodora. Esta nueva aversión a una característica tradicional del espacio urbano parece deberse mucho menos a la intensiva saturación de los olores, que a una transformación en la percepción olfativa.

La historia de la percepción sensorial no es enteramente nueva. Los lingüistas se han ocupado de la semántica cambiante de los colores, los historiadores del arte de los estilos de diferentes épocas. Pero sólo recientemente han

comenzado algunos historiadores a prestar una mayor atención a la evolución del sentido del olfato. Fue Robert Mandrou quien primero insistió, en 1961, en la primacía del tacto, el oído y el olfato en las culturas europeas premodernas. Las complejas percepciones sensoriales no visuales dieron paso muy lentamente al bien informado predominio del ojo que damos por descontado cuando "describimos" a una persona o un lugar. Cuando Ronsard o Rabelais tocaban los labios de su amada afirmaban que obtenían placer del sabor y del olor, que sólo podrían ser sugeridos. Incluso el escritor del siglo XVIII no describe aún el cuerpo amado; como mucho el editor inserta en el texto un dibujo que ilustra la escena, un dibujo que, durante los inicios del siglo, esconde con eficacia todo aquello que es individual, personal, todo lo que es *touching*, lo que toca, conmueve, en la escena que el autor describe. Pero mientras que es fácil seguir históricamente la habilidad de los poetas y los novelistas para primero percibir y después pintar la carne y el paisaje en su singularidad, es mucho más difícil hacer aseveraciones acerca de la percepción de los olores en el pasado. Escribir bien acerca de esta percepción pasada de los olores sería un logro supremo para un historiador porque los olores no dejan traza objetiva frente a la cual su percepción pueda ser medida. Cuando el historiador describe cómo ha olido el pasado depende de su fuente para saber qué había ahí y cómo era percibido. El caso es el mismo ya se trate de olores sentidos por enamorados o de los que ayudan a los médicos a reconocer el estado del enfermo o de aquellos con los que los demonios o los santos llenan los espacios en que moran.

Yo aún recuerdo el olor tradicional de las ciudades. Durante dos décadas pasé gran parte de mi

tiempo en arrabales, desde Río de Janeiro a Lima, desde Karachi a Benarés. Me llevó largo tiempo superar mi repulsión innata al olor de la mierda y los orines rancios que con ligeras variaciones nacionales hacen oler parecido a todos los barrios industriales pobres que carecen de alcantarillado. Ese olor es el característico de la primera etapa de la industria; es el hedor del espacio vivienda que ha comenzado a decaer amenazado por la inminente incorporación al sistema higiénico de las ciudades modernas. Es distinto de la atmósfera local de un pueblo aún vernáculo. La atmósfera vernácula está integrada al espacio vivienda; de acuerdo con la medicina tradicional, la gente se consume si al aura de un nuevo lugar en el cual se ve forzada a vivir le repugna y repele. La sensibilidad respecto a un aura y la tolerancia de ella son requisitos para disfrutar de ser un huésped. Hoy día mucha gente ha perdido la habilidad de imaginar la variedad geográfica que alguna vez pudo ser percibida a través de la nariz. El mundo entero ha llegado a oler parecido; la gasolina, los detergentes, las cañerías y los alimentos chatarra se funden en el católico *smog* de nuestro tiempo. Donde este *smog* se mezcla con la putrefacción de la atmósfera vernácula, en las aguas residuales que a lo largo del Rimac van desde Lima al Pacífico, aprendí a reconocer el olor del desarrollo. Es ahí donde me hice sensible a la diferencia entre la polución industrial y la densa atmósfera del París de Luis XIV a Luis XVI...

